

Benjamín Jarnés

LO ROJO
Y
LO AZUL
NOVELA

Edición

Juan Herrero Senés

☞ - STOCKCERO - ☞



Copyright © heirs of Benjamín Jarnés
Copyright foreword & notes © Juan Herrero Senés
of this edition © Stockcero 2017
1st. Stockcero edition: 2017

ISBN: 978-1-934768-87-7
Library of Congress Control Number: 2017946161

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

ÍNDICE

LO ROJO Y LO AZUL: AUTOBIOGRAFÍA, COMPROMISO SOCIAL Y	
ÁLGEBRA DE METÁFORAS	
GESTACIÓN DE LA OBRA	VII
LA TRAMA, LA HISTORIA.....	X
LOS PERSONAJES	XV
POR UNA REVOLUCIÓN ÉTICA	XVIII
PROCEDIMIENTOS, METÁFORAS, GUIÑOS, ESTILO	XXI
CONCLUSIÓN: VIVIR Y GOZAR	XXV
ESTA EDICIÓN.....	XXVII
BIBLIOGRAFÍA	XXVIII
LO ROJO Y LO AZUL - NOVELA	
I. INVITACIÓN A LA VIDA BURGUESA.....	I
II. EVASIÓN Y NUEVO RUMBO.....	73
III. INVITACIÓN A LA AVENTURA	119

Lo rojo y lo azul: AUTOBIOGRAFÍA,
COMPROMISO SOCIAL Y ÁLGEBRA DE
METÁFORAS

GESTACIÓN DE LA OBRA

En 1928 Jarnés publica la que sería su segunda novela, *El convidado de papel*. Se narran en ella las peripecias de un joven –con rasgos que lo identifican claramente con el autor– en sus años de estudio en un seminario. *El convidado* es en realidad, pese a la fecha de su publicación, la primera novela de Jarnés en un doble sentido: por una parte, es al parecer la primera que salió de su pluma; y en segundo lugar, es la novela que se retrotrae más lejos: a los años de seminario. Después de ellos, vendría para el joven Jarnés el paso por la academia militar. Del mismo modo, después de publicar *El convidado* vinieron los primeros fragmentos de lo que luego sería *Lo rojo y lo azul*. Esta novela se inscribe perfectamente, por tanto, en esa transfiguración literaria de su trayectoria biográfica que es en cierto modo toda la producción jarnesiana.

Así, en marzo de 1929 se publica en *Revista de Occidente* la narración «Circe» (número 45, páginas 289-323), incluida primero en el libro de relatos *Salón de estío*. Dos años después, en octubre de 1931, la misma revista publica otra narración, «Lo rojo y lo azul» (número 100, páginas 1-30). Ambas historias constituyen la matriz de la novela publicada meses después bajo el segundo título, junto a

otro fragmento titulado «El centinela» aparecido en la cubana *Revista de Avance* (número 36, julio de 1929, páginas 198-201).

Existen otros datos que pueden ayudarnos a aclarar el ambiente de gestación de la novela. Tenemos, por una parte, que los últimos compases de los años veinte son un momento dulce para las novelas con ambiente militar; especialmente las centradas en la I Guerra Mundial alcanzan un gran éxito dentro y fuera de España. El caso más sonado es sin duda el de *Sin novedad en el frente*, la novela pacifista de Erich Maria Remarque que precisamente Jarnés, en colaboración con Eduardo Foerstch, vertió al castellano. Editada en 1929, la novela vendió en dieciocho meses dos millones y medio de ejemplares en veinticinco idiomas. Pero es que ese mismo año se publicaron entre otros *Adiós a las armas* de Hemingway o *Adiós a todo esto*, las memorias de guerra de Robert Graves. Vendrían luego títulos como *Doce hombres y un capitán* de Theodor Pliever o *Vuelo nocturno* de Antoine de Saint-Exupéry. En el caso de autores autóctonos, la neutralidad española en la guerra mundial hizo que la acción se trasladara normalmente a la guerra hispano-marroquí, que había acabado en 1926 y en la que habían participado no pocos de los jóvenes escritores de la nueva generación literaria. De ella hablan *Notas marruecas de un soldado* (1923) de Giménez Caballero, *El blocao* (1928) de José Díaz Fernández o *Imán* (1930) de Ramón J. Sender. Esta guerra también tendrá su papel, como veremos, en *Lo rojo y lo azul*. De hecho, sabemos por una carta de Ramón J. Sender a Jarnés de mayo de 1930 que este último proyectaba una novela de tema militar, al parecer centrada en sus vivencias de Larache, el protectorado español del Sáhara. En esa misma carta Sender co-

menta que «hay una visión administrativa de esas cosas curiosísima y muy propicia para el humor.» Y un dato más: El 26 de agosto de 1931 Jarnés reseña la novela de Víctor Margueritte, *¡Non!*, un alegato contra la guerra y el militarismo, y alude a su palpitante actualidad a la hora de plantear «el problema de la resistencia al cuartel».

En marzo de 1930 Jarnés, junto a nutrida representación de intelectuales castellanos, participa en un encuentro de camaradería con escritores catalanes en Barcelona que culmina en un banquete celebrado el 23 de marzo en el Hotel Ritz. Esta visita debió despertar en Jarnés los recuerdos de su estancia en la Ciudad Condal en 1910 como soldado, y que son los que aparecen ficcionalizados en *Lo rojo y lo azul*.

Además, la gestación de la novela se corresponde con unos años cruciales en la trayectoria de Jarnés en un periodo crítico de la historia de España: la decadencia de la dictadura militar de Primo de Rivera, y la serie de gobiernos de transición que se repiten hasta que en abril de 1931 se instaura la República. Es precisamente en esos años cuando Jarnés siente de una manera fuerte lo que podría llamarse un «impulso cívico» y se dedica a escribir artículos sobre la realidad social más inmediata, que en muchos casos son llamadas a la tolerancia, a la calma, y a un cambio social paulatino. Con el paso de los meses, y especialmente después de abril de 1931, los artículos de Jarnés dedicados al análisis de la política inmediata decrecieron y el conjunto de su producción ensayística progresivamente invirtió su signo. De la alegría se pasó a la displicencia, y ésta se entremezclaba con fases de desdén por los asuntos políticos, para desembocar en el tono de denuncia social generalizada que domina en su libro de en-

LO ROJO
Y
LO AZUL

Homenaje a Stendhal

NOVELA

1932

Homenaje

1831-1931

A ti, viejo amigo Stendhal
En el primer centenario
De tu inimitable
Julián Sorel¹

1 Julián Sorel es el protagonista de la novela *Rojo y Negro*.

I. INVITACIÓN A LA VIDA BURGUESA

Salió de Augusta, pero no como otras noches, solo y sin rumbo, a ofrecerse como cuerda de violín a cualquier vibración nómada; hoy no podría detenerse a poner en contacto sus nervios con ningún temblor del río, de un pulso, de una estrella; el pretil² no era término, sino comienzo de la jornada.³

El puente estaba desierto. Los ómnibus de la próxima estación del Norte huían de él, resbalaban precipitadamente por su lomo desnudo, de color de acero, regado de luz por algún foco de automóvil. Ya no esperaba allí Carlota para tomar juntos el aire y el amor en un mismo ponche diariamente removido. También aquel agua y aquellas piedras se habían convertido en historia.

Como del río se alzaba una bruma donde bien podían rápidamente disolverse los últimos recuerdos, los fue lanzando al aire, y así todos los resortes de su espíritu —como sus brazos y sus piernas— comenzaron a adquirir la agilidad necesaria a cualquier juventud que se lanza a la pista azarosa de la vida. Su equipaje exterior se componía de un periódico de la noche, de un pasaporte militar y de una «lista de embarque» donde se le marcaba, oficialmente, bajo las penas más severas, una ruta. Su equipaje interior era demasiado voluminoso, aunque Julio no podía en-

2 *Pretil*: Pequeño muro en los puentes para preservar caídas.

3 *Augusta*: Es el nombre jarnesiano para la ciudad de Zaragoza y el río es naturalmente el Ebro, trasfondo de las aventuras del protagonista de *El convidado de papel*, novela a la que seguiría ésta que ahora empieza.

tonces advertirlo: posos⁴ de toda la antigüedad se habían sedimentado allí.

Como iba a cambiar de vida, no solo de ciudad, al asomarse a la ventanilla para pedir su billete pudo decir al empleado:

—Una tercera para otra existencia.

Tenía veintiún años y un programa vital completamente en blanco. Pero en su atolondramiento, porvenir, pasado y presente se fundían. Al entrar en el andén no pensó en que un vagón de tercera le esperaba allí no sólo para transportarle a un cuartel, sino para sumergirlo en una fábrica de refundir individuos. Era recluta del último reemplazo y tráfuga de un taller sacerdotal. Huérfano y sin fortuna. Solo frente al mundo. Un día tuvo que elegir entre dos objetos: el azadón y la gramática latina; hoy —felizmente— no era sometido a la máxima tortura del espíritu, donde el espíritu se define: la elección. Ante él se había situado un solo objeto: el máuser.

Era un momento solemne; pero Julio no solía darse cuenta de ninguna solemnidad. Cruzaba por sus días transcendentales a pie enjuto⁵. La mole inmensa de zozobras que suele anegar a otros viajeros se retiraba estupefacta al ver tan magnífico aturdimiento.

Subió al vagón; se sentó junto a cualquier ventanilla y se distrajo presenciando adioses. Como a él no acudió nadie a despedirle, tenía ante sí completamente libre un turbio pasaje sentimental; podía divertirse asistiendo al tierno espectáculo de las despedidas de los otros. Despedidas bien clasificables; de amigos, de parientes, de novios, de amantes. Casi todas falsas o muy mal ensayadas. Menos las de los últimos, porque el amor es el único capaz de inventarlas.

4 *Poso*: Sedimento del líquido contenido en una vasija.

5 *A pie enjuto*: Sin mojarse los pies, (fig.) sin ser influenciado por su entorno.

El departamento comenzó a nutrirse. Era un tren correo que llegaría a Barcelona a la mañana siguiente, después de detenerse en todos los pueblos del trayecto. Se irían viendo subir y bajar rostros adormilados, mustios, como de gentes que han mutilado la noche.

Dos minutos antes de marchar entró en el vagón una joven seguido de una anciana y de un mozo con dos maletas. Julio —que ya se había resignado al dúo, porque pobreza y promiscuidad suelen ir siempre juntas— se apartó de la ventanilla, ayudó a colocar el equipaje, contestó a un susurrado «gracias» de la joven.

—Puede sentarse aquí si lo prefiere.

E indicó un lugar frente a él, desocupado. Pero nunca pudo saberse qué dijo entonces la invitada. Fue aquello un amasijo verbal, subrayado por gestos recelosos de la anciana. Julio temió insistir, porque de pronto juzgó como demasiada fortuna viajar frente a una mujer que creía encantadora, y temió que una impaciencia hiciera abortar el dúo.

La anciana bajó al andén. La joven se acercó a la ventanilla y él le cedió su puesto, que ella aceptó con otro «gracias» de escaso relieve.

Julio pensó:

«La claridad de sus frases crecerá seguramente en proporción a la distancia de la vieja. Sin ningún freno doméstico evolucionarán más ágiles.»

El tren comenzó a removerse.

—Adiós, Guillermina.

—Adiós, abuela.

Todo acabó en lágrimas en el andén y en el vagón. Las de Guillermina, muy dóciles, se retiraron en cuanto se vieron libres de la presencia de la anciana. Julio siguió presenciando restos dramáticos de despedidas. Dos amantes

seguían apretándose la mano con gran peligro del hombre, que avanzaba dando brincos a lo largo del andén, hasta que el tren cortó bruscamente la peligrosa y desesperada comunicación.

Poco después, el tren cruzaba el río, se sumergía en plena llanura. A un lado y a otro, sembrados, algún arbusto, extensiones desnudas, lucecitas, gentes en traje de fantasma, postes ágiles, montañas lentas. La ciudad quedaba atrás, con todas sus vidas estancadas o audaces, con sus ideas fósiles o andariegas, con sus placeres siempre monótonos, siempre envenenados de tedio, según el testimonio del *Kempis*⁶. Así, al menos, lo deducía Julio de los conceptos encerrados en su antiguo equipaje. Al manosear el concepto, esbozó una rectificación infantil:

—Tendré que comprobar personalmente el veneno.

La ciudad quedaba atrás con su enrejado luminoso, que para Julio apenas era un laberinto geométrico, hitos de avance de alguna gran pizarra donde nunca los problemas se le habían ofrecido sino en formas angulosas, hirientes. Un gran esquema vital que nunca para Julio había redondeado sus ángulos ni ondulado sus inflexibles paralelas; cierto amasijo de rutas sin nada suave, sin nada muelle, que Julio había recorrido alguna vez comiéndose un mendrugo —auténtico placer de aquel día— mientras leía a Virgilio⁷, placer dudoso, tan insignificante al lado de aplacar la fiera de un estómago. Porque una ciudad que alguna vez hemos recorrido con hambre es difícil que conserve para nosotros ningún otro encanto que no sea el de haberlo satisfecho. Aplacar el hambre es algo gigantesco

6 *Kempis*: Se refiere, naturalmente, al famoso libro de *Imitación de Cristo* (c. 1400) del monje Tomás de Kempis (1380-1471), meditaciones sobre la vida y las enseñanzas de Jesús. En el capítulo 48 del libro tercero, Kempis contrapone la felicidad que reina en la Ciudad del Cielo con el tedio y la amargura de los ciudadanos de la Tierra.

7 *Virgilio*: Publio Virgilio Maron (70 a.C.-19 a.C.), uno de los más grandes poetas latinos, autor entre otras obras de la *Eneida*.

que borra todas las demás voluptuosidades de la tierra. Como la voracidad sexual desvanece cualquier dudoso perfil de la mujer, el hambre verdadero, el único, no reconoce más fascinación que la del pan. El salvaje no puede estimar, devora; recorre el mundo sin darse cuenta de él... Julio, en sus primeros años de adolescencia, había recorrido la ciudad convertido en salvaje, cerrados los ojos a cualquier alta contemplación, como una torre inclinada sobre sus propios cimientos –sobre su propio vientre– incapaz de mirar libremente a las estrellas.

Fuera, nada había que mirar, porque todo iba quedando sumergido en igual sombra. Julio se replegó en el asiento, abrió su periódico, intentó leer... vano propósito; la luz era tan mezquina que apenas podía leerse en los rostros.

Un viajero de tercera –como un inquilino de piso de tercera– disfruta con relación al aire, a las frondas, al sol, al agua, al espacio –a todo lo que el orbe intenta producir gratuitamente– de derechos muy limitados. Es un viajero que salió del rango de salvaje para llegar al de civilizado, y se quedó en la mitad del camino; sin el agua y el bosque y el sol del primero, y el baño, las terrazas del casino y los arcos voltaicos del segundo. No hay individuos en un viaje con billete de tercera; sólo hay series, expediciones, masas. Todo viajero de tercera, como Julio, viaja en tren militar.

«Soy –pensaba Julio– uno de esos entes fracasados que ayuda a producir civilización sin quedarme con nada, como esos oficiales de joyería a quienes se registra al salir del taller. En mí –infeliz viajero de tercera– ha fracasado el comúnmente llamado progreso.»

De modo que el campo de experiencias se reducía fatalmente a una: contemplar a los vecinos de asiento. Julio detuvo su contemplación en Guillermina, situada en el

banco de enfrente, silenciosa en medio de una fila de cinco también mudos viajeros. Los dos más próximos a Julio eran un sacerdote con *dulleta*⁸ de merino y un labriego con pantalón y chaqueta de pana, sobre los cuales la mirada resbaló como por una rampa de ortigas.

Los ojos de ella eran verdes; pero Julio no podía advertirlo, como no podía descifrar el artículo de fondo de *La Crónica*. Los de Julio eran castaños, neutro color que Guillermina ya había rápidamente percibido, al asomarse, bajo la luz del andén; porque las mujeres, en estas operaciones, suelen dividir y subdividir el tiempo hasta el infinito. Les basta con milésimas de segundo.

El clérigo comenzó a rezar maitines —Julio conocía los salmos— y el labriego inició un cabeceo rítmico que atentaba contra la integridad de su nariz. Un momento de extremo peligro hizo asomar la risa a dos bocas, a la de Julio y a la de Guillermina. Como la risa es un valor social⁹, pronto se contemplaron ambos en concepto de amigos que han disfrutado de un mismo deleite.

Además, su charla podía ahuyentar el sueño y la peligrosa dinámica del labriego.

—¿Va usted lejos?

—A Barcelona.

—También yo.

Cuando al llegar a una estación, cerca de medianoche, bajaron a un tiempo el sacerdote de merino y el labriego de pana, Julio y Guillermina se sentaron frente a frente.

—Faltan ocho horas. ¡Qué fastidio! —apuntó la viajera, sonriendo.

8 *Dulleta*: Prenda usada por los eclesiásticos por encima de la sotana, a modo de gabán.

9 La defensa de esta idea sobre el valor social de la risa y la sonrisa es una de las preocupaciones de Jarnés en los años treinta. Así, habla sobre este asunto en la conferencia «Sobre la gracia artística» (1932), y lo hace tema de varios artículos que luego quedan integrados en volúmenes como *Libro de Esther* (1935) o *Eufrosina o la gracia* (1948).

—No tanto —replicó Julio.

—Sí, sí, ocho horas.

—No lo decía por el tiempo... Lo decía por el fastidio.

—¡Ah, ya! Muchas gracias. Eso lo dirá por usted, porque yo me aburro.

—Naturalmente, joven. Le agradezco su amabilidad.

Julio pensaba en un recorrido de ocho horas junto a una hermosa desconocida, como en una encrucijada de caminos hacia posibles aventuras. Solía pensar en una acomodación de su vida a la de cualquier otro ya trazada. Asistir a vidas distintas mientras recorría la suya —intransferible— sin darse cuenta. ¿Por qué no le decía a Guillermina?:

—Desdeñosa viajera: este mozuelo que estás mirando no tiene dónde reclinar hoy sus ensueños como no sea en el cabezal de esparto de un cuartel. Este mozuelo que estás mirando no conoce ningún modo de conquistar este mundo visible porque sólo le enseñaron los modos de conquistar el invisible. Soy, pues, un hombre que chamarilea¹⁰ en trops. Un atolondrado viajante en nubes.¹¹

Pero Julio nunca hubiera revelado la verdad acerca de sí mismo. No por querer ocultarla, sino por desconocerla.

Ante una insinuación de Guillermina, comenzó distraídamente a balbucir:

—Ahora voy a incorporarme... Me destinaron a Infantería... Es un buen regimiento... Quizá tenga que ir al Rif.

Pero ése era su destino circunstancial y Guillermina hubiera deseado conocer el destino verdadero de la vida de

10 *Chamarilear*: Vender cosas viejas.

11 El protagonista prototípico de las novelas jarnesianas (Julio) es por lo general bastante consciente de esta tendencia suya a la abstracción, el ensoñamiento y el gusto por la metáfora y los juegos verbales. Como a la vez se reconoce a menudo como narrador, estas afirmaciones son también aplicables a éste.

Julio, el gran destino con el que suele siempre contar una mujer al pensar en el hombre: el cotizabile. Entonces Julio se enredó los pies:

—Después, no sé... Me ofrecieron un buen empleo... Claro que eso depende... Tengo que prepararme para el Catastro...

Guillermina le miró con lástima. Aquel anuncio de posible marido que toda joven española ve en cada hombre nuevo que conoce, había fracasado. Miró a Julio triunfalmente, porque ella tenía bien trazado su camino. Primero, mecanógrafa, en la Banca Bermúdez¹²; después, jefe de la sección de correspondencia, tal vez secretaria del inspector general. Su porvenir era claro frente a la nebulosa del porvenir de Julio. Se casaría fácilmente con algún empleado de la Casa... ¿Y por qué no con el gerente? Una vez pasó junto a ella, porque Guillermina vivía cerca de la sucursal en Augusta de la Banca Bermúdez; él se quedó mirando de hito en hito... A él iba recomendada. Entre dos macetas de claveles, Guillermina estaba «encantadora», según el léxico galante del inspector, un hombre todavía joven, de madurez muy bien decorada con una enorme cuenta corriente...

«¿Cómo habrá hombres así —pensaba Guillermina—, sin una idea segura en la cabeza? Este joven acabará por vivir a costa de alguna pobre tonta...

Guillermina llamaba «ideas» a los presupuestos del mes redactados en vista a cada saneado ingreso. No le abandonaba nunca el sentido administrativo de la vida.

—¿Sigue usted una carrera?

—Una muy larga; pero no me sirve. Es como si hu-

12 *Banca Bermúdez*: Esta banca es otro lugar común de las ficciones jarnesianas, como símbolo de riqueza y de máxima aspiración de trabajo burgués. En ella trabaja el personaje de Arturo de *Locura y muerte de nadie* y a ella está vinculada la familia de Blanca, la protagonista femenina de *Teoría del zumbel*.

biese andado cuarenta kilómetros a pie hacia Huesca y de pronto me diese cuenta de que el viaje era hacia Teruel.

Debió decir: «Mi vida es una estrella de los vientos. Nunca tuvo un verdadero enfoque, sencillamente porque no había llegado el momento de dispararse...» Guillermina tuvo un momento de lucidez, y replicó:

—Se rectifica.

—Sí, pero me queda el cansancio, mucho cansancio.

*

Comenzó a filtrarse en el diálogo el frío de la madrugada. Julio se volvió a acurrucar en el asiento, bien embozado en su capa; ovilló todos sus músculos; sólo dejó libres los ojos, que siguieron escudriñando en Guillermina. Habían quedado solos en el departamento cuando ya nada tenían que decirse como viajeros y nada más lejano de ambos que dialogar como amantes. Se habían declarado —sordamente— una franca hostilidad. Su sentido de la vida era opuesto. El de Guillermina era bien claro; por eso era tan dudoso. El de Julio parecía ser excesivamente oscuro; por eso era tan humano. Guillermina lo preestablecía según datos que reputaba auténticos: Julio no tenía otros datos que su propia vehemencia, que su propio instinto vital... Fantasmas en el cerebro y en la noche. Voces soñolientas de los mozos, temores del porvenir, campanas en los andenes, risueñas perspectivas ideales, revisores intempestivos, tricornios de hule, besos en las portezuelas... todo se reeditaba con implacable monotonía.

La viajera, al fin, se dejó vencer por el sueño. De Guillermina quedó apenas, acurrucada en un rincón, su propia caricatura. Macilenta, perdido el dominio de sus ojos, de

su boca, de sus manos, Julio acabó por compadecer aquella intimidad tan mal aderezada.

«Si los viajes de novios —reflexionó— pasan por muchos de estos trances, ¿cómo se podrá resistir una luna completa?»

Y se mantuvo firme, sin un desmayo, sin un solo minuto de abandono, hasta llegar a Barcelona. Pocas estaciones antes, Guillermina se despertó, azorada, como queriendo rectificar algún ademán poco digno, algún escorzo risible, capaz de desbaratar el sentido de una fisonomía.

—¿Descansó un poco? —preguntó Julio.

—Estaba rendida...

Se advertía en ella un gran deseo de rectificar todos los posibles desmanes de su vida inconsciente. Y los desperfectos de su belleza. De su bolso fue extrayendo a pedazos su seducción desaparecida: el rojo de sus labios, el rosa de sus mejillas, el negro de sus párpados, el orden de su pelo. Minutos después, Guillermina estaba rehecha. Cuando recuperó su instrumento de fascinar, comenzó en seguida a utilizarlo. Sonrió, sin saber por qué.

«Esta mujer —pensó Julio— seguramente espera que yo aplauda su trivial resurrección... Pero ¿qué podría yo decir ahora? No tengo la experiencia del piropo ocasional. A ella podría dirigirme con dos estrofas de Arolas¹³, pero no con dos frases de urgencia. No soy capaz de obtener éxitos inmediatos, porque me falta el don de la oportunidad. La verdad es que siempre la mujer fue para mí un tema de retórica escolar... o un aborto del infierno, si la clase era de teología... Y ahora ninguno de los dos sentidos me sirve.»

Guillermina comenzó a recoger su pequeño equipaje. Julio tenía allí a mano el suyo —un periódico de la noche,

13 *Arolas*: El sacerdote Juan Arolas (1805-1849) escribió poemas religiosos y amorosos a la manera romántica, así en *Poesías religiosas, orientales, caballerescas y amorosas* (1842). Murió prácticamente loco a causa de su excesiva emotividad que lo incapacitó para ejercer su vocación.

provinciano— y, antes de arrojarlo por la ventanilla, lo contempló unos momentos conmovido, como a un buen amigo que se nos va para siempre.

«Eres mi último día, mi ayer. Contigo se cerró para mí una especie de vida... ¡Ea! No quiero lastre alguno. ¡Vete con mis otros recuerdos!»

Y lo arrojó por la ventanilla.

El viento zarandeó unos instantes el guiñapo de tiempo, lo enrolló a un poste, acabó allí de destrozarlo bajo el haz vibrante de segundos que estremecía los capullos blancos de la red telegráfica, pulso del nuevo día.

Julio se dispuso a entrar en él con los ojos más libres que nunca. Al detenerse el tren, Guillermina le tendió la mano.

—Buena suerte. Que no le destinen a África. Tal vez algún día nos veamos...

—Buena suerte, Guillermina. Tendré mucho gusto...

Se perdieron de vista en el andén. Ya fuera de la estación, Julio accedió a las proposiciones de un guía.

—Bien. Lléveme al cuartel del regimiento número 12.

Y echó a andar junto al desconocido.

*

Un pelotón de jovenzuelos desarrapados cruzaba por una ancha avenida. Julio pensó:

«Deben de ser también reclutas. Van en la misma dirección.»

Y cortó con unas monedas su comunicación con el guía; siguió a los jovenzuelos y, al llegar a un cuerpo de guardia, cortó la comunicación con su propia personalidad. Tan mal fraguada aún, tan poco firme, que no sintió el tijeretazo. Era como partir en dos una nube.

Fue entonces cuando quedó convertido en número, en elemento táctico. La abigarrada fila comenzó a entrar en el cuartel entre las sonrisas de lástima de muchos veteranos y la indiferencia profesional de jefes y oficiales. Se escuchaban los antiguos, los tradicionales chistes, estúpidamente reproducidos. Un zafio corneta imitó el balido, para imprimir en la mente de los azorados reclutas esta profunda idea preliminar:

—Desde este momento sois rebaño.

Dos reclutas contestaron con una rápida alusión a la madre del corneta, pero alguien —algún cabo— impuso bruscamente silencio. En el mismo umbral de la milicia se inculcaba a los neófitos la conveniencia de renunciar totalmente al diálogo, como un peón de ajedrez debe renunciar a discutir aun con los jugadores más torpes. Las ideas acerca de su nueva posición en el mundo irían lentamente adquiriéndolas por diversos procedimientos, algunos de ellos medievales. Hoy se utilizaba —sarcásticamente— el metafórico; después se utilizarían métodos directos. Ideas sin posible revisión, que era preciso fijar en la memoria como hitos de avance, cuya infracción equivaldría a un descalabro, a una malaventurada incursión en el Código de Justicia militar. Ideas simplicísimas, depuradas ya de toda emotividad, que los veteranos solían encerrar en fórmulas brutales, en esquemas de enunciado imposible de reproducir aquí. La misma idea del honor, en sus diversos escalones desde el general al cabo, iría perdiendo en majestad hasta quedar convertida en desplante viril, en majeza. La disciplina se encerraba en fórmulas parecidas a ésta:

—Cuando se viene al cuartel hay que dejárselos detrás de la puerta.

Los reclutas habían ya agotado en el trayecto por ferrocarril, y a través de la ciudad, su remanente de buen humor, de gritos y de atrocidades. Venían rendidos de cansancio, seca la garganta, doloridos los pies, los riñones. Entraban blasfemando entre dientes, los más; mirando estúpidamente, muchos; hondamente perturbados, todos. Eran la masa infortunada en el reparto social donde otros, mediante cuotas incorporadas al Tesoro, constituían una tan legal como absurda excepción¹⁴. Porque estos hombres sin fortuna sólo podían ofrecer su cuerpo, ahora mal cubierto de guiñapos¹⁵ que en seguida habrían de arrojar al trapero.

Entraron en un departamento donde aguardaba un facultativo.

—¡Desnudarse todos! —gritó un sargento.

—No —rectificó el médico—. Pueden hacerlo de diez en diez; porque no andamos bien de calefacción...

—¡Claro! —pensó Julio—. Hay que despedirse del último recuerdo que quedaba. Vamos a entrar en una nueva vida... ¡A renacer!»

Y en seguida quedó en traje de feto, completamente desnudo.

14 Desde la época de Mendizábal (1836), en España era posible librarse del servicio militar mediante la «redención a metálico», esto es, el pago de entre 4.000 y 8.000 reales. Con la reforma del general Luque (1912) se intentó imponer la total obligatoriedad, pero las clases conservadores consiguieron un sistema de «cuotas» que permitía mediante un pago la reducción del servicio a unos meses o su conversión en un mero trámite. Esto suponía a la práctica que las tropas estaban formadas siempre por las capas más humildes de la sociedad, esto es, jóvenes en su gran mayoría pobres, analfabetos y malnutridos.

15 *Guiñapos*: Andrajo, pedazo o jirón de tela.

Entonces se dio cuenta Julio de que había algo en el mundo mucho más inflexible que las leyes del silogismo: el cuadro de inutilidades. El cuadro de inutilidades era como un pulpo de mil tentáculos que podía en un momento clavarle sus pinzas, eliminarlo de la vida marcial, situarlo legalmente en la calle, lanzarlo a la plena aventura; por un pecho cuya angostura mide implacablemente el cuadro, por una planta de pie sin relieve, por cualquier broma inocente de la región cardíaca...

«¿Me habrán reconocido bien en el Ayuntamiento?», pensó Julio.

Cierta mañana, en Augusta, paseó su enjuta desnudez por entre unos empleados indiferentes, detrás de un pudoroso fraile que en vano intentaba esconder bajo un papel sostenido con las puntas de los dedos, como un delantal, las regiones *tabú* de su rollizo tronco. Julio, entonces, se apresuró a hacer constar que «no alegaba nada»...¹⁶

Incrustado en la lenta hilera de reclutas que desfilaba ante el médico, avanzó unos pasos; olvidó la pudibunda desnudez del religioso, la de un pintoresco vástago de carniceros que alegó ataques de histeria... Sus pensamientos se alejaron totalmente de este o aquel acto oficial. Iniciaron así su nueva etapa:

«No se comienza de veras a despreciar la humanidad mientras no se ven juntos, como ahora, tantos hombres desnudos.»

Y en seguida amplió su idea:

«En cambio no se comienza de veras a amar la humanidad mientras no se logra ver desnuda, en soledad, una linda mujer.»

Su total desnudez le estimulaba a bosquejar conceptos claros, enjutos, de ingenuo primitivismo. Aquella mañana,

16 Es decir que no alegaba nada en su favor para obtener una dispensa y no hacer el servicio militar.

en que iba a nacer a una vida nueva, sentía, como nunca, el deber de ser sincero. Tenía sed de luz, como cualquier feto maduro o cualquier anciano agonizante. Como la hilera avanzaba con gran lentitud, los pensamientos podían también irse encadenando sin prisas, en orden perfecto. La idea del pudor que, al desprenderse Julio del último elemento de su traje interior, le había fieramente acometido, produciendo en sus perfiles íntimos y externos un inicio de rebeldía, ya, calmados sus ímpetus, entraba humildemente en la fila. En otra coyuntura, sorprendido un instante en tal atuendo adánico, el recluta hubiera sentido resbalar a lo largo de toda su piel ese velo carmín que para sus mejillas suelen utilizar por tradición, ante cualquier menuda agresión verbal, tantas vírgenes prudentes de lámpara siempre alerta¹⁷; pero hoy, encajado en una muesca viva, entre cientos de muescas de la máquina oficial, hecho neutro fragmento de un mosaico, el futuro infante se había desprendido totalmente de la idea agresora, y ya, frente a ella, se divertía en contemplarla, la veía transfigurarse, convertirse en astucia, en hipocresía, en miedo... Seguramente no nació en el cráneo de Afrodita, sino en el de cualquier horrenda euménide¹⁸ de puntiagudos flancos y escuálido pecho. Astucia, miedo, hipocresía... La fealdad buscó siempre sus trincheras, inventó sus púrpuras, adiestró los ojos y las manos en el arte de señalar hacia los puntos vulnerables...

Se detuvo la hilera, aplazándose el solemne tránsito. Un recluta pretendía extender ante el facultativo cierto laberíntico mapa de dolencias invisibles; pero, incapaz de inventar para su interna topografía ningún sutil idioma

17 Referencia al pasaje bíblico en Mateo 25, «Parábola de las diez jóvenes», en la que se mencionan diez vírgenes de las cuales cinco fueron prudentes y llevaron vasijas de aceite junto con sus lámparas.

18 *Euménide*: En la mitología griega personificación femenina de la venganza.

técnico, se retorció angustioso, impotente, vencido... La misma red de su dialecto provincial iba –como en el circo a los clásicos gladiadores– a dejarlo incapaz para la lucha.

—No tienes nada.

—Es que me dan unos ataques... Verá usted...

—¿Cómo, cómo son los ataques?

—Me quedo privado... La cabeza... El pecho... El estómago...

Jadeaba, enumerando. Escudriñaba inútilmente en su mezquino léxico patológico. ¿Padecía, en efecto, una tan misteriosa enfermedad –no incluida en los cuadros vulgares– que le era imposible revelarla? Acongojaba verle transido de angustia. Como cualquier pensador, dueño ignorado de maravillosas arquitecturas filosóficas que, no hallando la justa, la brillante fórmula reveladora, cruza el mundo cejijunto, perennemente nostálgico, de la cumbre, sin más refugio que su huraño cuchitril de genio incomprendido. Porque –¡ay!– lo difícil no es inventar un sistema o padecer una solapada enfermedad, sino hallar su expresión exacta.

El tiempo reservado a cada examen era muy breve, y el mozo precipitaba su doliente reseña, sin lograr ser atendido. Se oía la voz tímida del feto y la voz grave del doctor:

—¡Otro!

—Mire, señor...

El recluta se resistía a nacer. ¿Habría que preparar el fórceps¹⁹, fracasadas ya las más delicadas manipulaciones? La hilera comenzaba a impacientarse, y una protesta de hombres desnudos, situados entre dos vidas, hubiera sido algo no previsto por el Código, imposible de calmar por los métodos ordinarios.

Por fin, el mozo brotó de manos del doctor, hecho ya

19 *Fórceps*: Instrumento en forma de tenaza para extraer las criaturas en partos difíciles.

infante. Ante la vida nueva, ¿por qué gimoteaba cómicamente en vez de agradecer a los dioses tan evidente cédula de ilesa humanidad? Se desprendió de la cadena, como un eslabón ya maduro en la forja divina, y de nuevo comenzó a marchar la hilera.

Julio —cada vez más eutrapélico²⁰— se preparaba a deducir de aquel espléndido lote de mozuelos desnudos un porcentaje aproximado de Térsites²¹; pero suspendió su liviano propósito para entregarse —¡al fin!— en manos del doctor.

Adquirida su patente de incólume varón, nutrido de posibilidades heroicas, Julio cruzó los umbrales de la vida castrense y penetró alegremente en el mundo.

Le aguardaba una ducha bautismal; luego, un puñado de lienzos y de paños, que al punto lo iban a convertir en un ente sólo clasificable por el número del almacén.

En un dormitorio, la hilera de reclutas se convertía en fila, y ante cada individuo iban apareciendo pequeños montoncitos abigarrados. Blanco terroso, azul, grana, amarillo, negro... El chaleco de abrigo, el uniforme, ropa interior, unos zapatos, la correa... Un veterano indicaba las prendas, un sargento —incapaz de humorismo— paseaba el dormitorio dando trágicas voces, un cabo se encogía de risa ante un labriego que llevaba ya puesta la segunda camisa.

—¡Una, con una basta! ¿Vas a ponerte de una vez todo el equipo?

—Yo creía...

Torpemente iban aquellos hombres desnudos sumergiéndose en las telas rígidas, estiradas, hostiles, como el sargento y el Código.

Julio, no vestido, pero sí cubierto de corazas regla-

20 *Eutrapélico*: Que se dedica a un juego inocente.

21 *Térsites*: Soldado griego de la guerra de Troya; era cojo, jorobado y feo, y además estuvo a punto de liderar un motín contra los mismos generales griegos.

mentarias, situó las prendas que no había utilizado en un cajoncito recubierto por la bandera nacional. En lo sucesivo, el más humilde de sus cepillos sería sagrado; el mismo pompón estaría resguardado por un artículo del régimen interior... Le eligieron una cama y unos clavos donde colgar su correa. Después fue llevado a un aposento donde extendían la nueva partida de bautismo.

Al preguntarle por su profesión se turbó un poco. Reponiéndose, dijo:

—Viajero.

—¿Cómo?

—Viajante.

—¡Ah!

En esta vaga profesión cabían todas las posibilidades comerciales, como en la nueva cédula vital de Julio cabían todas las heroicas. Pero no comprendía bien por qué recogían en aquel código algunos restos de prehistoria individual, sin interés ninguno. Apenas se comprendía nada en aquella ruidosa casa de maternidad castrense, porque el mando se reserva siempre los últimos secretos.

Julio se dejó llevar dócilmente. Asignaban un soldado veterano a cada recluta para que les asistiese en los baluceos de la vida marcial, y él aceptó dócilmente la voluntad del nuevo camarada. La niñera de Julio se llamaba Arturo Sánchez, y Julio saludó jovialmente a aquel ahilado²² gastador²³ —violinista en vidas anteriores—, que en los paseos del batallón por la ciudad iba limpiando la calle de chiquillos.

Arturo, ojo avizor, iría apartando de los pies de Julio todos los artículos del Código en que el nuevo recluta pudiese, aturdidamente, tropezar. Amante del ritmo, procu-

22 *Ahilado*: Delgado.

23 *Gastador*: Soldado que desfila a la cabeza de una formación.

raría encajar en él los indecisos pasos de Julio.

—¿Por qué, sabiendo tanta música, no perteneces a la banda?— le preguntaban.

—Por dignidad profesional. Aborrezco todo instrumento de aire. Me conformo con ser gastador y marcar el compás al frente de las tropas. Con ello creo cumplir mi voluntad de armonía. Mi arte lo ejecuto en el *Teatro Chapí*, y a veces, en el café de Lauria.²⁴

Era suplente de dos o tres segundos violinistas que nunca pudieron salir del Paralelo. Cuando a nadie tenía que suplir se contrataba como comparsa en el Liceo²⁵, y, allí, unas tardes se convertía en bandido, otras en diablo, otras, sencillamente, en «uno del pueblo». Así podía oír las óperas de balde.

Salió con Julio. Algunos cicerones extendían su solicitud mucho más allá del cuartel y guiaban al novicio a través del enmarañado plano erótico de Barcelona; servían de nodriza confidente y de cómplice camarada. Pero las faenas pedagógicas de Arturo tuvieron aquella tarde su límite a unos metros del centinela, en la Gran Vía Diagonal. Allí fue Julio despedido afablemente.

—Voy a ensayar al *Chapí*.

Julio quedó en aquel punto abandonado a todos los caprichos de los dioses, ya fajado y rebosante de franjas rojas y botones metálicos, hecho núcleo de una masa granate, blanca, negra, dorada y azul, dotado de ímpetus vírgenes, acuciado por estímulos inéditos, completo ya su equipo, su canastilla de infante.

24 El ficticio Teatro Chapí aparece en otras narraciones de Jarnés, así en *Don Álvaro o la fuerza del tino* (1936). El auténtico Teatro Chapí fue inaugurado el 5 de diciembre de 1925 en Villena (Alicante), ciudad natal del compositor que le da nombre. El Café de Lauria quizá alude a algún café situado en la calle Roger de Lluria de Barcelona.

25 *Liceo*: El Gran Teatre del Liceu, inaugurado en 1847, principal espacio para la ópera en Barcelona.